

cuyo señor ha seguido al conde de Flandes á Tierra Santa. Se presenta como habiendo obtenido, por mediación de su tío, «cardenal de Aviñón,» bulas que le permiten confesar y absolver en nombre del mismo papa. Se acude en consulta al cura del lugar, que pasa por latinista. Este comienza la conversación en latín; Balduino, que no comprende el latín, mueve la cabeza, guiña los ojos y enseña sus puños. El cura, poco seguro, se apresura á declarar que las bulas son auténticas, y desde el púlpito exhorta á sus oyentes á confesarse con aquel santo varón. Sin embargo, Balduino lo toma aparte y se lo confiesa todo. Temía ser vendido, observa el autor, porque se acordaba del sacerdote alemán; pero éste no dijo una palabra. Balduino confiesa, pues, á la dama de Sebourc, lo que le divierte mucho. Oye también á la madre de su bastardo, y sabe por ella que tuvo un sucesor de un cierto doncel del país... «Comenzó á reír por bajo de su capucha, tan alto que la capilla resonó... Después dijo á la damisela en voz muy baja: «Pensad en mi bastardo, tratádmelo bien, que cuando yo pueda lo prohijaré.»

Y, reconocido, escapa perseguido á mano armada por los del país. Entretanto el traidor Gaufrédo había casado con la hermana del rey de Francia, Felipe, cuyo hijo mayor batallaba en Gascuña contra los ingleses. Pensó, pues, que si envenenaba al rey y á su hijo, el reino de Francia, «que no tiene igual en el mundo,» le pertenecería. Con efecto, envenena al rey y se hace proclamar regente. Y es el momento que escoge Balduino de Sebourc para medirse, por última vez, con el enemigo de los suyos.

En el palacio, en París, Gaufrédo, rodeado de los barones franceses, tiene parlamento. Un abogado levanta su capucha: su cliente, una damisela de alta posición, se queja de que el conde de Anjou, su soberano, le impida casarse á gusto; el conde, que la quiere para él, pretende que la damisela es sierva y sometida, en cuanto al matrimonio, á su autorización. «La dama, dice Gaufrédo, es joven; el conde de Anjou, viejo: estarían mal aparejados.» De consiguiente, el conde de Anjou es rechazado, en medio de la aprobación general. Sin embargo, Balduino aparece: «He aquí mi gaje de batalla, dice; pero antes de nombrar al que acuso, quiero saber si la apelación se recibe en Francia, y lo que se hace con el que no defiende su campo en combate judicial.—Es uso en Francia, se le dice, que cuando un hombre es «apelado» en forma, designe su campeón, ó se defienda en persona; si no, se le «cuelga al aire.»—Pues bien, dice Balduino, yo acuso á Gaufrédo, aquí presente, de haber envenenado al rey de Francia y de otras veinte traiciones.» En vano Gaufrédo le aconseja que se vaya á dormir su vino. La apelación es regular y sería. Y el conde de Anjou, que no ha digerido todavía la injuria reciente, cierra cuidadosamente las puertas para que nadie escape.

Sigue el relato del duelo judicial, del género de los que los burgueses de París vieron entablarse muchas veces en presencia de la corte en los comienzos del siglo XIV. Gaufrédo endosa, en primer lugar, un *volequin*, luego un «collar,» y por encima de todo una armadura de acero, calzas de hierro y una gorguera de País; se arma de un cuchillo, de una «misericordia» y de un *espo*. En esta guisa, salta á caballo sin estribo

y toma la lanza y el escudo; se le ata el casco sobre la cabeza. El «campo» estaba fuera de los muros de París, nivelado y ceñido de un cordón. Había allí una turba de espectadores. En primer lugar apareció dentro del campo el apelante Balduino de Sebourc, conducido por el preboste, que había ido á buscarle al Chatelet. Allí había reliquias: las besó é hizo oración. Gaufrédo fué á besarlas á su vez, afirmando su inocencia. El combate, minuciosamente descrito, se parece á todos los combates. El resultado es muy cierto, pero el final es odioso. Gaufrédo, cubierto de heridas, es atado á las colas de los caballos y arrastrado; se le hace tender el cuerpo «como arco de alabardero;» los cocineros de palacio le insultan con una corona de cebollas; los barones de Francia le rodean y se burlan de sus sufrimientos...

Este último trazo, que atribuye á los «barones de Francia» costumbres de caníbales, hace comprender que el autor de *Bauduin de Sebourc* se ha tomado grandes libertades sobre la realidad; pero su propia manera de embellecer para gustar es instructiva.

IV.—Los «Fabliaux»

Los autores de *fabliaux* y cuentos alegres dieron á sus historietas, cuyo tema es con frecuencia trivial, el color del tiempo en que vivían. Desgraciadamente, casi todos los *fabliaux* carecen de fecha; la sociedad que describen no es la del tiempo de Felipe Augusto ó la del tiempo de San Luis, es la sociedad francesa desde Felipe Augusto á los Valois.

Clérigos, caballeros, burgueses y villanos quedan dibujados en los *fabliaux* por modo indeleble y agudo. Pero estos poemas populares son naturalmente sobrios en detalles sobre el mundo aristocrático. No aquí, sino en novelas, como el *Châtelain de Couci*, es preciso ver cómo se pasaba la vida en aquellas hermosas moradas rústicas del Norte de Francia, risueñas, suntuosas, elegantes, rodeadas de prados y vergeles, tan diferentes—Brunetto Latini lo hace notar—de las sombrías fortalezas en que por entonces se encerraban los señores de Toscana y Lombardía. Los caballeros á quienes los rimadores de *fabliaux* sacaron con mayor frecuencia en sus cuentos fueron aquellos «torneadores» que, no teniendo más bien que su caballo y sus armas, sacaron sus beneficios de los torneos y de la guerra. En tiempo de paz, y cuando estaban prohibidos los torneos, los caballeros de esta especie empeñaban su «sobrevesta» y su «jubón forrado,» para poder comer, y recorrían los caminos. Se nos cuentan sus rapiñas francamente (*Du chevalier qui fist...; Du prestre et du chevalier*), verdaderas raterías. El «caballero torneador» de los *fabliaux* es de la familia de los truhanes, tan ricamente representada en la literatura de la Edad media.

Lo que se dice del clero en los *fabliaux*, aun en los mismos cuentos devotos, tales como los *Miracles de la Vierge*, de Gautier de Coinci, confirma las enseñanzas sacadas de los estatutos sinodales, de los procesos verbales, de visitas episcopales y de los sermones. El cura, en los *fabliaux*, es casi siempre un buen vividor, que pasa agradablemente el tiempo en la mejor casa del lugar, con la *prêtresse*, su mujer. He aquí uno, dom Silvestre. Gusta de las buenas comidas: se regala con

puerco, conejo, capones al ajo y á la pimienta, pescados, picadillos y dulces. Levantada la mesa, dama Avinea, su *prêtresse*, trae nueces, frutas, canela, jengibre, regaliz y tarros de vino «rojo y blanco, claro como lágrima,» que se bebe junto al fuego jugando á las damas y al ajedrez. Los lechos del presbítero son excelentes, cubiertos «de blanco lino.» La *prêtresse* y sus hijos tienen hermosos vestidos: «Buena cota y buen mantón, aquélla de ardilla, éste de cordero; además tenía dos buenos abrigos azules, que dieron mucho que hablar á la gente.»

La *prêtresse* no parece haber ocupado entonces en la sociedad lugareña una posición dudosa, ni mucho menos falsa: las buenas damas la invitaban á «ir á su casa,» lo mismo que á la mujer del preboste ó á la del oficial forestal. En la iglesia se sentaba en primera fila. Estas uniones estaban aceptadas. Un sacerdote, irritado contra su *prêtresse*, la amenaza con repudiarla para avergonzarla públicamente. Sin embargo, corría la voz de que, trocadas después de su muerte en jumentos negros, las compañeras de los curas eran, en castigo de su indignidad, montadas eternamente por el diablo; y los obispos celosos hacían cuanto podían para disminuir el número de estos matrimonios clericales; pero en el siglo XIII la mayor parte de los prelados lucharon sin convicción: la reforma era demasiado difícil. Por lo demás, tampoco ellos eran con frecuencia irrepochables. Un cierto obispo de Bayeux, dice uno de nuestros trovadores, había ordenado á un cura «arrojar á su mujer de su casa» ó guardar ciertas abstinencias; pero el cura supo burlarle: había prometido no comer oca, y comía pato; no beber vino, y lo aspiraba; finalmente, se arregló para sorprender al obispo, con tan buena suerte, que fué el fin de la persecución: «El obispo comenzó á reír y dijo: «Me has burlado, sorprendido y engañado; por consiguiente, te permito beber y comer pollos con pimienta, tanta oca como quieras, y conserva contigo á tu mujer; pero haz que yo no te vea...»

En el siglo XIII, en Francia, como hoy en los lugares de Rusia, la superioridad moral é intelectual del sacerdote sobre sus feligreses era casi nula. En los *fabliaux*, si un cura tropieza con una gallina gris, lo considera, lo mismo que un caminante, de mal agüero. Si se encuentra en el camino con gentes que le proponen una partida, se detiene, y después de asegurarse de que los que se lo proponen están en fondos, juega hasta su caballo. En cuanto á sus aventuras galantes, constituyen para los trovadores un tema inagotable. Y cuando tratan de esto, lo hacen, contra su costumbre de bondad inofensiva y burlona, adoptando el tono de la cólera y del odio. Gautier, el autor de *Connebert* y de *Prestre taint*, es de una increíble violencia. Las invectivas de Rutebeuf contra los monjes, tienen el mismo acento apasionado: «Falsos santurriones, falsos hipócritas, falsa y sucia vida lleváis. El que os colgara de vuestra cuerda, que en tantos sitios se anuda, haría una buena obra...»

La villa, la calle, he ahí el verdadero terreno del rimador de *fabliaux*. Los burgueses, los miserables, éstos son los que pinta mejor, porque los ha visto más de cerca; ha vivido en las hondonadas, y cuenta con los burgueses para mantenerse.

La descripción de los accesorios, muy sumaria habi-

tualmente en los *fabliaux* y cuentos, es algunas veces, cuando la escena se desarrolla en la ciudad, relativamente detallada. Los trovadores nos introducen en la tienda del pastelero, del frutero, ó en la calle «de los drogueros,» donde, ante las puertas, los mancebos «baten en los morteros.» Obras como el *Dit des marchans*, el *Dit des fevres*, el *Dit des boulangiers*, abundan en detalles pintorescos (1). Y cuando la escena se desarrolla en la ciudad, ya entonces los retratos, los cuadros y la decoración llegan á una precisión especial.

El retrato del usurero de Avranches, Martín Hapart—el tipo del buen burgués francés de la Edad media, materialista, despreocupado, avispado, económico, que no cree en los milagros y detesta á los frailes,—es, por ejemplo, de un vigor admirable: «Era muy grande litigante, prudente y listo, se le llamaba Martín Hapart y pillaba (*hapoit*) de cualquier parte. Martín Hapart odiaba los monasterios sobre todo y las predicaciones, á los leprosos, á los lisiados y á las gentes de religión.»

Su mujer, inquieta por la salvación de un alma tan poco devota, le suplica que haga con ella una peregrinación al Mont-Sanit-Michel, á lo que Martín responde libremente: «Martín dice que los que adoran á San Miguel son unos tontos, porque no hay nada de él; nada sino un monasterio y una gran imagen de plata; San Miguel no es más que un poco de viento. Dios lo creó y no le dió carne ni sangre, sino las alas con que voló.»

La buena mujer, escandalizada, replica que los que van arrepentidos en peregrinación al monte, están seguros de tener un lecho en el Paraíso. «¿En qué Paraíso?, dice Martín. No hay Paraíso fuera del dinero, de comer, de beber buen vino y de dormir sobre buenos lienzos. Y nada hay de San Miguel sino los trajes y la imagen que un rey costeó con sus galones viejos.»

En los *fabliaux* y poemas similares aparecen todavía con más frecuencia que los ciudadanos ricos al modo de Martín Hapart, los truhanes de ambos sexos que pululaban en los barrios bajos de las ciudades. En esta galería de golfos figuran con relieve extraordinario los armadieros de la *Grève* de París, inconscientes y borrachos; los jugadores de *tremere*; los gorriones, expertos en el arte de comer sin pagar y de burlarse de las gentes con aires de inocencia; dama Hersent, la zurcidora de voluntades; dama Auberea, de enérgico sobrenombre; Boivín, el ilustre mixtificador; Thibaut, ladrón de los puentes; y este otro, cuya profesión no puede definirse: «De un paje quiero contaros, que no tenía dineros y que sin embargo vestía bien; tenía cota y manto de paño y espada nueva y guantes nuevos. Hermoso joven era y de buen genio; contaba unos veintiséis años y no tenía oficio alguno.»

Hay en los *fabliaux* cuadros de costumbres populares, tomados del natural, que son verdaderas obras maestras. Sirva de ejemplo el *Dit des III dames de Paris*, cuyo autor, Watriquet Brassenel, de Couvín, era muy apreciado en las cortes principescas de Flandes, de Hainaut y de Brabante. La escena pasa en París. La

(1) Otros detalles que permiten formarse una idea todavía más neta de la vida de los artesanos y comerciantes en las villas del siglo XIII, los proporcionan los documentos de archivos que utilizó G. Fagniez: *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et au XIV^e siècle*, 1877; *Documents pour servir à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, 1898-1900.

mujer de Adam de Gonesse, Marga Clouve, y su sobrina Maroie Clippe, deciden una mañana ir á comer tripas por cuatro dineros á una taberna nueva. Por el camino tropiezan con dama Tifaigne, vendedora de cofias, que les recomienda un sitio en que el vino es excelente. En la taberna *des Maillez* beben abundantemente. Habían ya gastado como una quincena de sueldos, cuando Marga Clouve propone encargar un pato al ajo, con tortas calientes: «Entonces comenzó Marga á sudar y á beber á grandes sorbos. En poco tiempo habían desaparecido tres jarros por su garganta.» Por la fe que debo á San Jorge, dice Maroie Clippe á su comadre, estos vinos me han amargado la boca; quiero beber garnacha.» Y se dirige al mozo: «Tráeme galletas y pastas, queso y almendras peladas, peras, especias y nueces, en suficiente cantidad, aunque cuesten florines y grandes torneses.» El mozo corre á buscarlo todo, y ella, por galantería, canta un nuevo canto:

«Comme, menons bon revel,
Tieus vilains l'escot paiera
Qui ja du vin n'ensaiera (1).»

En un momento se engulle la garnacha. Cada cual pide otro cuartillo. Maroie Clippe paladea el suyo con respetable lentitud. A media noche, á bailar á la calle: lo superfluo de los vestidos se deja en prenda á Drouin, el dueño de la taberna, á quien no se puede pagar del todo. Y helas ya en la calle, dando traspiés de noche, por el fango y contra el viento. Tararean: *Amours, au virili m'en vois*. Al volver de una callejuela, alguien las desnuda de los vestidos que les quedaban y las echa por el suelo á puñetazos. Aquí la fantasía del cuentista se levanta al horror trágico:

«¿Qué diré? Así las dejó desnudas, tiradas en montón, más fangosas que los puercos. Yacieron allí miserablemente una sobre otra, como muertas. Y de todas partes se abrieron puertas y ventanas: todos quisieron verlas. Todos las tomaron por muertas. Cabezas y manos tenían heridas, y el rostro y el cuerpo ensangrentados: y todos, sabios é ignorantes, creían que habían sido asesinadas por la noche... Y así fueron llevadas al monasterio de los Inocentes y enterradas vivas una sobre otra.»

Sin embargo, despiertan las dos, al llegar la noche, y salen de la fosa, sucias de la podre de los cadáveres sobre los cuales las habían dejado. Pero no por esto más serenas, reanudan la interrumpida batahola: «Estaban muy sucias y olían mal, como las gentes pobres y como los truhanes que se aeuestan por estos callejones. Con frecuencia se las oía gritar: «Drouin, Drouin, ¿dónde estás? Tráenos tres sardinas saladas y un jarro de vino del más fuerte... Y cierra la ventana grande.»

Pero hace tanto frío, que las dos se pasman y ruedan de nuevo por el fango, el rostro contra el suelo. Por la mañana, las encuentran en la calle en el mismo sitio y en el mismo estado que la víspera. El sepulturero de los Inocentes no vuelve de su asombro: «Señor, señor, ¿cómo han venido aquí? Las enterré á los dos, una sobre otra, en una fosa... Y están cargadas de gusanos, fangosas y descompuestas, negros los cuerpos y consu-

(1) «Comadre, pongámonos alegres; algún villano que no haya probado el vino pagará el escote.»

midas! Todos los cueros del vientre me tiemblan.» Mientras hablaba, despierta dama Tifaigne y grita, volviendo un poco á la memoria: «Drouin, tráenos bebida.—Y á mí también, dice Maroie Clippe, tráeme un poco más de tripa.» Y así se levantan las dos, serenas, pero furiosas y entontecidas..., y todos huyen con miedo porque las toman por el diablo...»

Los «villanos» del campo ocupan también mucho sitio en la colección de nuestros cuentos de risa. Muchos trovadores de la Edad media, que ganaban su pan cotidiano divirtiendo á las gentes ricas, describieron con complacencia y sin afecto, por mofa, la miseria de los villanos, mal alojados, mal alimentados, sucios, hirsutos, feos y deformes, duros, estúpidos y obtusos. Es lugar común de la literatura cortés de los siglos XII y XIII «que el siervo no puede hacer cosas á derechas» que es indigno de piedad y de confianza. Los villanos, según casi todos los trovadores, nunca son tratados con bastante dureza. Dios, que detesta su raza, los entregó á los señores para que les sirvan, los tallen y dispongan de ellos á su gusto. Si el villano se queja, enciérresele en la cárcel. Si ha hecho alguna economía, séale arrebatada. ¿Tiene la pretensión de comer alguna vez cosas buenas? Que le sea impedido: «Deberían comer cardos, cambrones, espinas y paja. Y deberían, á través de las landas, pacer entre los bueyes cornudos y andar desnudos y á cuatro pies.»

En los *fabliaux* propiamente dichos no se encuentran con frecuencia estas odiosas exageraciones. Pero no por eso se trata á los villanos sin prejuicio. Bien al revés. Se les atribuyen increíbles candideces. Al «villano de Bailleul» su mujer le hace ver lo todo sin creer nada, convenciéndole de que está muerto. Brifaut, que va al mercado de Abbeville para vender la tela hilada por su compañera, se la deja escamotear y presenta sus excusas al ladrón, etc., etc.

Y no eran, sin embargo, tan estúpidos; porque los trovadores, como los predicadores, echan en cara con frecuencia á los villanos su insolencia rencillosa. Los villanos no están nunca contentos, ni de su buen señor, ni de su buen Dios. Hay villanos, dice el autor de las *Vingt trois manieres de vilains*, que conducen á los otros y defienden sus pretendidos derechos ante el baile del señor: «Señor, en tiempos de mi abuelo y de mi bisabuelo nuestras vacas anduvieron por esos prados y nuestros corderos por esos tallares;» los hay «que odian á Dios, á la Iglesia y toda cosa noble:» «Todo les desagrade, todo les aburre. Los villanos odian la lluvia y el buen tiempo: los villanos odian á Dios cuando no hace lo que ellos quieren...»

Los campesinos ocurentes y atrevidos son casi tan numerosos en los *fabliaux* como los imbéciles ridículos. He aquí dos tipos excelentes de esta especie, que realmente parece haber sido muy numerosa en la Francia de la Edad media: el villano «de comedor» y el «que conquista por litigio el paraíso.»

Un buen señor había anunciado que iba á tener asamblea general y á regalar espléndidamente á los que acudieran á ella. Pero tenía este señor un mal senescal, avaro, felón y á quien desolaba esta generosidad. Este senescal, procurando hacerse pasar el mal humor, advierte entre la turba de los que han venido á un villano «muy feo en apariencia, sucio y con la cabeza des-

peinada, que llevaba por lo menos cincuenta años vividos sin poner cofia en su cabeza.»

El senescal, «indignado y lleno de ira,» apostrofa á semejante intruso: «¡Mirad el glotón cómo devora! Sería precisa, para llenar su vientre, una escudilla de sopa... Sea ahogado en una letrina el que le mostró el camino para venir aquí.»

El villano se santigua con la mano derecha: «He venido para comer, dice sencillamente; pero no sé dónde sentarme.—Toma, responde el senescal, dándole un bofetón (*une buffe*) y jugando con el doble sentido de la palabra; siéntate sobre este aparador (*buffet*).» La fiesta comienza, y el señor promete un traje de escarlata al que diga ó haga la mejor farsa. Mientras los ministriles se agotan en muecas y canciones, el villano «de comedor» se acerca, con su servilleta en la mano, y descarga un golpe formidable sobre la mejilla del senescal. Gran expectación. El señor interroga al culpable: «Señor, he hecho esto, escuchadme: hace rato, cuando entraba aquí, encontré á vuestro senescal, que es falso, glotón y embustero. Dióme un tremendo bofetón (*une grant buffe*) y luego me dijo irónicamente que me sentara sobre aquel *buffet*; dijo que me lo prestaba..., y ya que he comido y bebido, ¿qué haría, señor, de su *buffet* si no se lo devolviera? De modo que estoy pronto á darle otro, si el que le acabo de dar no le conviene.»

Rien todos, y el villano logra el traje de escarlata.

Otro villano del mismo humor ganó el paraíso gracias á su desvergonzada lengua. San Pedro se negaba á admitirle en la celeste morada «porque los villanos no pueden entrar en estos sitios.» «Más villanos que vos no podemos serlo, dijo el alma, hermoso señor San Pedro; siempre fuisteis más duro que la piedra. Loco estaba, por San Padrenuestro, Dios cuando os hizo su apóstol...» Sofocado San Pedro por este lenguaje, va en busca de un refuerzo y trae consigo á San Pablo y á Santo Tomás, que no son mejor tratados. «Díceles el villano: «Don Pablo *el Calvo*, ¿eres ahora tan temible como fuiste horrible tirano? San Esteban lo pagó, á quien hiciste apedrear... ¡Mirad al santo y al divino! ¿Crees que no te conozco?»

Finalmente llega Dios Padre en persona. Pero el villano, sin cortarse por esto, defiende su causa y la gana: «Tanto como mi cuerpo vivió en el mundo, llevé honesta y limpia vida. Dí á los pobres de mi pan... No dejé que les faltaran bragas ni camisa... El que muere así, nos dicen los sermones, ve sus pecados perdonados por Dios. Vos no queréis mentir por mí.—Villano, dice Dios, yo te lo otorgo. Has pleiteado tan bien por el paraíso, que pleiteando lo has ganado. Has aprendido en buena escuela: no te faltan palabras...»

CAPITULO III

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL

I. Las universidades.—II. Tendencias generales del siglo XIII.—III. Literatura sabia, en latín.—IV. Literatura en lengua vulgar.

A los historiadores de la literatura propiamente dicha, de la teología, de la filosofía, del derecho y de las ciencias compete enumerar los monumentos de la literatura francesa del siglo XIII en latín y en lengua vul-

gar, y determinar el lugar que el siglo XIII ocupa en la historia general de la literatura, de la teología, de la filosofía, del derecho y de las ciencias. Aquí no se trata más que de indicar las grandes corrientes de la vida intelectual. Es una empresa difícil, pero necesaria; porque se tendría una idea muy imperfecta del siglo XIII, si no se supiera en qué direcciones estaban entonces orientadas las más altas inteligencias.

I.—Las Universidades (1)

Uno de los lugares comunes con más frecuencia repetidos en la Edad media es que el imperio pertenece á Alemania, el sacerdocio á Italia y la preeminencia científica á Francia. Es lo que quiso decir el cardenal Eudo de Châteauroux con su frase «la Galia es el horno donde se cuece el pan intelectual del mundo entero.» Léese en una memoria redaciada en época de la elección de Nicolás IV por Alejandro de Roes, capellán del cardenal J. Colonna: «Los franceses han descubierto su misión providencial, que es el estudio, el avance de un saber...» En el siglo XIII, París fué, con efecto, el más poderoso hogar de la actividad intelectual en Occidente.

Al advenimiento de Luis IX, la Universidad de París estaba á punto de organizarse.

Los maestros en artes, muy numerosos, casi todos jóvenes, que enseñaban la gramática, la retórica y la dialéctica, es decir, las artes preparatorias al estudio de las disciplinas superiores (teología, derecho, medicina), habían sido los más ardientes luchando, en los primeros conflictos entre la Universidad y el obispo de París, contra la tiranía del canciller de la iglesia de Notre-Dame, representante de la autoridad episcopal. La «facultad en artes» había conquistado así, desde un principio, una situación preponderante entre las cuatro facultades. Dividíase á su vez en cuatro «naciones:» en todo tiempo los maestros y los estudiantes en artes se habían agrupado en clubs regionales, de acuerdo con su país de origen: en el siglo XIII, estos clubs ó «naciones,» primitivamente muy numerosos, se reducían á cuatro: franceses, picardos, normandos é ingleses. Cada nación tenía sus magistrados; además, todas las naciones se reunieron, á partir de 1245, lo más tarde, para elegir un jefe común de los «artistas,» el rector. Parece que el rector de la facultad de artes fué, desde entonces, el poder ejecutivo, no solamente de las naciones federadas de la facultad de artes, sino del cuerpo formado por el conjunto de todas las facultades. El caso es que había comenzado el movimiento que hizo del rector, en el siglo XIV, el primer personaje de la asociación entera.

La bula *Parens scientiarum*, publicada por Gregorio IX en 1231, es, como se ha dicho repetidas veces, la Carta Magna de la Universidad de París. La democracia universitaria no había temido, en 1229, emprender

(1) H. Denifle y E. Chatelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, tomo I, 1889.—Los trabajos originales de P. Denifle sobre las Universidades de la Edad media han sido resumidos y revisados por M. Hastings Rashdall, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 1895. (Consúltese *Revue de Paris*, 15 de febrero de 1896.) Para los orígenes de la Universidad de París, véase págs. 152 y siguientes.